

# Una opinión sobre ópera y

# violencia

¿Desde cuántos puntos de vista podemos abordar una relación entre ambos conceptos? Ciertamente desde muchos. Comencemos por la violencia manifestándose en un título determinado de una ópera cualquiera: el terrible Scarpia torturando a Mario Cavaradossi, con ello también a Tosca su enamorada, la violencia motivada por las bajas pasiones, el afán de dominio y presentada magistralmente por el genio de Giacomo Puccini en su ópera *Tosca*. O quizá la terrible escena de *Salomé* poseedora al fin de la cabeza de Juan el Bautista donde Richard Strauss alcanza momentos apoteósicos describiendo entre música fascinante este brutal episodio. También por ejemplo el niño que al ser castigado rompe tazas y tetera, tapices, libros, reloj y maltrata a la ardilla y al gato en un ataque de furia y venganza a su madre, ópera maravillosa de Maurice Ravel llamada *El niño y los sortilegios*. Sobran ejemplos y la lista ocuparía muchas páginas y no es que la ópera esté promoviendo la violencia, no, tan sólo la está denunciando.

Desde que la ópera inició como género único (se considera el *Orfeo* de Claudio Monteverdi estrenada en 1607 como la primera ópera) ha narrado dramas a veces individuales, a veces históricos o épicos, incluso mitológicos y bíblicos donde el motor es la violencia humana, física y psicológica. A su vez podemos encontrarla disfrazada en las óperas buffas o cómicas.

Observamos así que en la ópera (como en el ballet, en el cine y en el teatro), siendo un género tan completo, se han llevado a escena también grandes obras clásicas de la literatura universal; los grandes genios compositores de ópera de todos los tiempos han encontrado ahí el mensaje por excelencia: el eterno drama del ser humano; se han convertido también en historiadores de su tiempo y de tiempos remotos, en cronistas de la verdad humana, en testigos y narradores del conflicto de todas las eras: el bien y el mal, la guerra y la paz, el *yin* y el *yang*, *Eros* y *Thanatos*, blanco y negro, luz y oscuridad, amor y odio, dualidades todas donde el ser humano se revuelca, se debate, se centrifuga para surgir en un momento dado con una especie de autodefinición, surge como un ente de algo más que carne y hueso... es un ente pensante y sensible. ¡Qué combinación! ¡Qué proceso! Un proceso que no presenta un producto acabado, el humano es presa eterna de la realidad cambiante, de la suya y de la externa. Hemos estudiado el hecho de que manipulando una u otra "realidad" observamos cómo se influyen una a la otra.

De manera que el "ser" se humaniza y durante todo su proceso formativo y/o educativo va moldeando su persona, se domestica, se apodera del lenguaje, lo aprende pero sobre todo lo aprehende, se convierte en la palabra encarnada, es un ente de significados, de preguntas (algunas de las cuales no recibirán respuesta), en fin... va creciendo y desarrollándose como uno, como individuo, ya puede hablar de yo y va poco a poco acotando

Lic. Ivett Pérez



sus gustos, sus decisiones, sus temores, sus anhelos, entre otros. Quedan así en su "ser" canales abiertos, puede desarrollar su inteligencia, su conciencia, su sensibilidad, va adoptando posturas propias, va definiendo sus gustos y se va enterando de sus posibilidades y de sus limitaciones; es así como también se da cuenta de que todo tiene un fin y de que va a morir algún día y no sabe ni le es permitido saber si hay algo más allá. Podemos suponer qué importante sería aunque fuera una pequeña dosis de ópera en éste proceso formativo, en la infancia y en la adolescencia donde están todos estos canales abiertos y aprovechables donde se puede sensibilizar en gran manera al "ser" humanizado.

La violencia en esta disección del humano está también presente como su formadora. Ya Gandhi el Mahatma (el alma grande) nos prevenía que la violencia es inherente al ser humano (él promovió la no violencia como libertadora de su pueblo), nace con ella, es parte suya, la trae inoculada, tiene la capacidad de rabiarse desde muy temprana edad, hay que educarlo para que aprenda a dominarla (a veces con más violencia). Ya aparece citada y estudiada por Hipócrates en su *Teoría de los temperamentos* 300 años A.C. siendo así que nos describe el temperamento colérico como el que nos parece el más susceptible de desarrollar expresiones o reacciones violentas. Podríamos pesquisar en los más antiguos libros y encontraríamos ahí su rastro. La propia Biblia es un constante ejemplo de la violencia más atroz motivada por toda clase de impulsos: codicia, avaricia, envidia, venganza e incluso nos habla de la ira de Dios.

Consideremos entonces que la violencia humana es ancestral, vemos sus huellas en la historia y en el devenir de todos los pueblos, observamos cómo se repite en todas sus formas y aún en otras más novedosas conforme la humanidad avanza hacia la cúspide de la civilización (la bomba atómica). Esta civilización nos ha llevado a violentar a nuestro planeta que ahora padece por nuestro gran desarrollo industrial y armamentista (calentamiento global).

Ante este panorama tan poco alentador nos preguntamos qué lugar tiene la ópera en una sociedad determinada donde la oferta de entretenimiento es más sensacionalista y busca sorprender a la fantasía más extravagante. Diría que de hecho muchas veces lo logra, resulta casi inútil intentar competir con las grandes producciones cinematográficas de Hollywood. Si bien la ópera puede llegar a ser en una sociedad una oferta más de entretenimiento no creo que sea ésa su esencia, la ópera sorprende a los sentidos, denuncia, historiza; los proyectiles de la ópera son más poderosos que los de un arma de fuego, el poder sin límite de la música y de la voz humana penetran la carne sensible y en lugar de derramarse la sangre se derraman emociones, lágrimas, suspiros, asombro, es un hecho que cualquier manifestación del arte nos mueve, nos retrata, desde luego nos ayuda. Es como ver en un espejo nuestra esencia, nuestra completa subjetividad, es una oportunidad única de redefinición, aproximarnos al entendimiento de nuestras dualidades, vencidos, resignados pero alimentados por la belleza que el arte nos ofrece, sabemos así que sí hay algo más, que sí tiene un



contratenores o falsetistas (voces masculinas que cantan en falsete para sonar similares a las femeninas).

valor la vida humana. Las artes en general (sobre todo la música que es tan poderosa), como parte del tejido vivo de una sociedad, se convierten en fuertes hilos que remiendan las rasgaduras del dolor de las guerras y de la muerte misma.

En una época ahora lejana en Italia, de 1550 y hasta 1870 cuando se decretó la prohibición de la castración deliberada de niños para preservar su voz infantil, existieron los castrati y como estaba prohibido a las mujeres cantar en el coro de la iglesia sustituían la tesitura femenina. Los castrati incursionaron de inmediato en la ópera llegando a cobrar cantidades exorbitantes. Citamos a Carlo Broschi "Farinelli" quien vivió en el siglo XVIII como uno de los más famosos de su época. Llegaron a ser las estrellas máximas de la interpretación, gargantas pequeñas que no se desarrollaban funcionando con grandes aparatos respiratorios (literalmente una garganta de niño en un cuerpo de hombre). Destaca el dato de que de los miles de niños que eran castrados tan sólo unos cuantos llegaban a hacer carrera importante en los escenarios o en la docencia. ¿Cómo pudo ser tan codiciado ése sonido que se hiciera ver como normal la castración de un niño? Suena inhumano, parece violento, es violatorio. Hoy en día los papeles que fueron hechos para los castrati son interpretados por mezzosopranos o por

¿En qué otra forma podemos relacionar a la ópera con la violencia? La ópera nos narra a través de títulos memorables episodios tremendos, historias de amor pretextadas o inventadas en trasfondos horrorosos; la santa inquisición, las revoluciones rusa y/o francesa, la conquista de México, la bomba atómica, el holocausto, la Edad Media (época sangrienta de conquistas) y a veces casi podemos imaginar que existieron aquellos héroes operísticos, los Chenier, los Manricos, los Florestanes o podemos representarnos claramente a los Sansones y a las Juanas de Arco y casi podemos convencernos al adentrarnos a algún título glorioso que el amor, la poesía y la música pueden vencerlo todo. Ponderable es que para llevar a cabo una ópera de gran formato logren unirse muchas voluntades, muchos artistas temperamentales, solistas, coristas, directores de coro de orquesta y de escena, bailarines, covers, repasadores y asesores de idiomas, orquesta, vestuaristas, escenógrafos, costureras, carpinteros, pintores, electricistas, utileros, iluminadores, comparsas, tramoya, maquillistas, peinadores, productores, publicistas, maestros internos, diseñadores gráficos, técnicos de audio y video y muchos de ellos en ocasiones ensayando desde meses antes y perfeccionando el correcto ensamble entre la música, el canto y el trazo escénico, todo esto para lograr la realización del espectáculo por excelencia. Y cierto es también que en el proceso explota la violencia. Muchas son las anécdotas de directores de orquesta tiranos o de solistas orgullosos y poco amables, gritos, insultos, desesperación, todo un triunfo llegar al día y a la hora señalada, llegar a la tercera llamada, al primer acorde, al telón que se descorre.

Comienza entonces la obra, la ópera, cuya sustancia es volátil, transita por el tiempo y los sonidos llenan el espacio muriendo en el siguiente instante, terminará siendo



recuerdo, vivencia, crítica. Sin duda vivencia privilegiada, la voz humana llevada al extremo de sus posibilidades, sometida a la más alta disciplina, buscando la máxima expresión del texto a través de la música constituye una experiencia que no se olvida, puede llegar a ser extasiante para los apasionados al género sobre todo si han desarrollado un buen nivel de apreciación. A ellos les pregunto: ¿Puede la ópera contrarrestar en alguna medida a la violencia?

Mi anhelo es que viviéramos en una sociedad de paz y de concordia (sueño imposible) pero ante la máxima violencia que conozco, que es aquella que toma la vida de un semejante prefiero blandir la lira de Orfeo en lugar de un arma y que convirtamos la palabra en poema y el poema en canción y nos lancemos así armados al inframundo a convencer y a apaciguar a los demonios.

